

ACADEMIA NACIONAL
DE LETRAS

GRECIA Y YO

Prof. Jorge Arbeleche
Academia Nacional de Letras
Uruguay

Como casi todos los habitantes del mundo occidental cristiano, ciudadano de esa cultura – aunque avizorado observador del mundo circundante– mi residencia espiritual se afirma en los valores de una cultura atravesada por dos líneas tan esenciales una como la otra: la cruz cristiana y el universo olímpico.

¿Cuándo empecé a tomar conciencia de cada una de esas marcas indelebles? Naturalmente, en la infancia. Nací y fui criado en un hogar católico pero para nada dogmático, alimentado por una fe de carácter casi primitivo, de absoluta confianza e intimidad con lo sagrado, más allá de los prolijos, o desprolijos muchas veces, cumplimientos con los protocolos de la observancia ortodoxa.

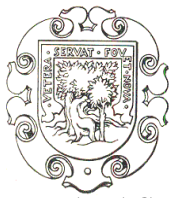
Pero fue, al inicio de la etapa escolar, a través del conocimiento e intimidad con un compañero de clase –amistad iniciada en 1950 e ininterrumpida hasta hoy– que Grecia, con su lengua, sus costumbres, sus imágenes, sus sabores, fue rodeándome e internalizándose en la formación de mi personalidad. Es así que en el primer año de escuela conocí a mi fraterno amigo Mateo Elefteriu, hijo de un griego, cuyo padre Don Stamatio Elefteriu había llegado al Uruguay desde la isla de Chíos. En esa casa escuché por vez primera una lengua que me sedujo por su sonoridad, su eufonía, también la rotundidad de sus sonidos, así como la melopea de sus silabeos. Cuando, a veces, los integrantes de esa familia, que siempre sentí como propia, hablaban entre sí en la lengua de sus orígenes, aquello era para mí un concierto de extrema fascinación. Mi amigo-hermano tiene dos hermanas, muy hermosas, Angélica y Argiró, un padre de cálida fuerza patriarcal y una madre maravillosa, Doña Basilia Sicalos a quien jamás escuché un sonido en su voz más alto que otro, siempre calma y suave. Bella. Enormemente bella. Era la más joven del grupo de madres, con una diferencia importante para esa época. En tanto que mi madre, en 1950 tenía 37 años, ella recién andaba por los 26. Era realmente una muchacha, en tanto mi madre tenía dos hijos. Y lo que me admiraba era que, aún tan joven, ya tenía su cabello plateado. Y ese marco hacía resaltar una belleza que se mantiene indemne a sus noventa años.

Sabrán disculparme esta introducción tan personal, pero no podía comenzar a contar el idilio entre Grecia y yo, sin mencionar a la familia Elefteriu, etimológicamente, libertad.

Pero Grecia fue creciendo dentro de mí en el período de los descubrimientos esenciales de la vida. Cuando comprendí que mi vocación estaba señalada de manera inalterable hacia las humanidades y, dentro de ellas, la Poesía y la Educación, la ecuación de mi vida futura se hizo transparente. Fui un privilegiado. Porque conocer desde muy joven qué se pretende ser en la vida es algo así como saber asumir un destino. Siempre tuve claro que era en el territorio de la Palabra donde debía hacer mi anclaje vital. Y en ese universo de las palabras, a veces neblinoso, era necesario emprender la gran aventura de hallar la Palabra, la única, aquella que fuera la clave, el signo o la cifra que permitiera abrir las puertas del misterio. Ese camino fue, para mí, el de la Poesía. Que es una forma de entender el mundo y es una manera de expresarlo, manifestarlo a los demás. Todo eso, además sostenido por la firme plataforma de la educación.

Así fue entonces que, a mis 19 años, luego de un año de estudio arduo y sistemático para dar el concurso de ingreso al Instituto de Profesores Artigas (Centro de Formación Docente), encuentro en el primer curso de mi incipiente carrera, el estudio de la literatura y la cultura griegas.

Fue un nuevo universo a descubrir. Allí estaba el germen de la creación con su “poiesis”, la semilla de la educación con su “mayéutica”, el sentido trágico de la vida, con las cumbres de Esquilo, Sófocles y Eurípides, la concepción de un mundo espiritual y moral apoyado en dos pilares, la Hybris y la Sophrosyne, conceptos de tal magnitud e intensidad que ninguna otra lengua ha logrado traducir a validez.



ACADEMIA NACIONAL DE LETRAS

Hybris es mucho más que el pecado de exceso o de soberbia y Sophrosyne si bien se parece el concepto de equilibrio y templanza, lo sobrepasa y toca los límites del contacto sagrado con la armonía universal.

Por eso Grecia ha sido única en el concierto y el devenir de las civilizaciones. Sin olvidar la admisión de la esclavitud como fenómeno social natural e inevitable, es imposible no referir que en su pensamiento, nació la esencia del concepto de “libertad” y la formulación política de la “democracia”.

En el espíritu griego ha prevalecido siempre un sentido del límite. Los dioses se parecen a los hombres en sus debilidades y pasiones, pero los hombres no alcanzan a ser dioses por más virtudes que ostenten o amor a la vida que profesen.

Pero junto a ese sentido del límite, o diríamos esa aspiración al equilibrio, se percibe en todo el espíritu de la civilización griega un estremecimiento espiritual físico y religioso imponderables. Lo percibimos en sus esculturas, en los pliegues armoniosos de sus clámides, en el juego extremado de la coreografía estilizada de sus danzas, así como la de sus combates. Es muy probable que mi visión esté demasiado idealizada y que las batallas que jalonaron sus guerras hayan sido tan cruentas como la de cualquier lucha. Pero ellos, los griegos, sus artistas supieron dar nacimiento al Mito, núcleo y centro irradiador de la Poesía. De esa manera pudieron transformar una guerra de piratería en una historia de amor y de belleza. La guerra de Troya habrá sido inmortalizada por sus cantores, apoyándose más que en la historia, en la propia leyenda que crearan.

Si su propia geografía indujo a los griegos al sentido del límite por la proliferación de islas, tal vez fuera la luz de su aire y la ondulación de sus montañas las que imprimieron al espíritu de sus habitantes el sentido de la armonía y el movimiento. La primera vez que me enfrenté al arte griego fue en 1970 en el British Museum de Londres, frente a los frisos del Partenón, que aún permanecen allí. Mi emoción fue más que una experiencia estética. Más tarde, ese mismo verano llegué a Atenas y una noche de luna llena pude subir al Acrópolis. El templo de Atenea lucía, bajo la luz lunar, en todo el esplendor de la simplicidad de sus líneas. El Partenón es cifra de Grecia y su cultura, como Homero es sinónimo de su literatura. El creador de dos de las epopeyas más altas de Occidente –La Iliada y La Odisea– supo retratar junto a la crueldad de una guerra, uno de los episodios más conmovedores de la aventura humana. El derrotado Príamo, rey vencido de Troya, asume su destierro y cubierto de coraje y miedo va a visitar la tienda de Aquiles, matador de su hijo Héctor. Viene a reclamar la entrega del cadáver para poder realizar las necesarias honras fúnebres. Pocas veces, la literatura ha sabido describir tan bien, la estatua humana de los dos enemigos que se enfrentan cada uno dueño de su dolor y su dignidad. Cada uno pudo mirar e incluso admirar al otro. En esa mirada, en ese diálogo, ya no son enemigos, son adversarios, pero son dos hombres que pueden reconocerse en la dignidad de cada uno, aunque se hablen y miren y se vean desde orillas opuestas.

Hoy, en el siglo XXI, cuando hemos vuelto a creer en el becerro de oro y olvidamos todo lo que nos ha dado Grecia, hoy que hemos creado nuevas y falsas divinidades, sobre la base del dinero y el consumismo, la civilización occidental, ¿podrá olvidarse de que fue en Grecia donde nació la noción de libertad y democracia, donde la Poesía y la Filosofía, desarrollaron todo su potencial de inteligencia y sensibilidad? Si así sucede, poco podrá ya creerse en el hombre, tanto desde la perspectiva de su condición individual, como en la del ejercicio del poder, la economía y la política.

No puede ni debe caer Grecia bajo el imperio de las finanzas y del más craso mercantilismo, sin avergonzarse hasta la raíz a toda nuestra civilización y cultura occidentales.

Porque fue precisamente en esta civilización, hace más de 25 siglos, un soldado que también fue poeta, empujó a la humanidad a dar un salto por elevación que modificó de forma radical el espíritu del hombre. Logró transformar el efecto mecánico y espiralado de crimen, castigo, y crimen otra vez, en otra dimensión. La venganza bestial, fruto del instinto más primitivo, se transformará en “justicia”. A la fuerza brutal, bestial y condicionada sucede el proceso de razón, entendimiento y reflexión. Ese poeta soldado se llamó Esquilo. Y este planteo lo hizo en una obra que es monumento de la humanidad. La tituló “La Orestíada” y las representaciones actuales de dicha pieza no hacen más que confirmar la vigencia y el estremecimiento que provoca su alegato contra la guerra, la violencia y el totalitarismo.